



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2018

**«Al crecer la maldad,
se enfriará el amor en la mayoría»**

(Mt 24,12)

Queridos hermanos y hermanas:
Una vez más nos sale al encuentro la Pascua del Señor. Para prepararnos a recibirla, la Providencia de Dios nos ofrece cada año la Cuaresma, «signo sacramental de nuestra conversión»[1], que anuncia y realiza la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón y con toda la vida.

Como todos los años, con este mensaje deseo ayudar a toda la Iglesia a vivir con gozo y con verdad este tiempo de gracia; y lo hago inspirándome en una expresión de Jesús en el Evangelio de Mateo: «Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (24,12).

Esta frase se encuentra en el discurso que habla del fin de los tiempos y que está ambientado en Jerusalén, en el Monte de los Olivos, precisamente allí donde tendrá comienzo la pasión del Señor. Jesús, respondiendo a una pregunta de sus discípulos, anuncia una gran tribulación y describe la situación en la que podría encontrarse la comunidad de los fieles: frente a acontecimientos dolorosos, algunos falsos profetas engañarán a mucha gente hasta amenazar con apagar la caridad en los corazones, que es el centro de todo el Evangelio.

Los falsos profetas

Escuchemos este pasaje y preguntémosnos: ¿qué formas asumen los falsos profetas?

Son como «encantadores de serpientes», o sea, se aprovechan de las emociones humanas para esclavizar a las personas y llevarlas adonde ellos quieren. Cuántos hijos de Dios se dejan fascinar por las lisonjas de un placer momentáneo, al que se le confunde con la felicidad. Cuántos hombres y mujeres viven como encantados por la ilusión del dinero,

que los hace en realidad esclavos del lucro o de intereses mezquinos. Cuántos viven pensando que se bastan a sí mismos y caen presa de la soledad.

Otros falsos profetas son esos «charlatanes» que ofrecen soluciones sencillas e inmediatas para los sufrimientos, remedios que sin embargo resultan ser completamente inútiles: cuántos son los jóvenes a los que se les ofrece el falso remedio de la droga, de unas relaciones de «usar y tirar», de ganancias fáciles pero deshonestas. Cuántos se dejan cautivar por una vida completamente virtual, en que las relaciones parecen más sencillas y rápidas pero que después resultan dramáticamente sin sentido. Estos estafadores no sólo ofrecen cosas sin valor sino que quitan lo más valioso, como la dignidad, la libertad y la capacidad de amar. Es el engaño de la vanidad, que nos lleva a pavonearnos... haciéndonos caer en el ridículo; y el ridículo no tiene vuelta atrás. No es una sorpresa: desde siempre el demonio, que es «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44), presenta el mal como bien y lo falso como verdadero, para confundir el corazón del hombre. Cada uno de nosotros, por tanto, está llamado a discernir y a examinar en su corazón si se siente amenazado por las mentiras de estos falsos profetas. Tenemos que aprender a no quedarnos en un nivel inmediato, superficial, sino a reconocer qué cosas son las que dejan en nuestro interior una huella buena y más duradera, porque vienen de Dios y ciertamente sirven para nuestro bien.

Un corazón frío

Dante Alighieri, en su descripción del infierno, se imagina al diablo sentado en un trono de hielo[2]; su morada es el hielo del amor extinguido. Pregun-

témonos entonces: ¿cómo se enfría en nosotros la caridad? ¿Cuáles son las señales que nos indican que el amor corre el riesgo de apagarse en nosotros?

Lo que apaga la caridad es ante todo la avidez por el dinero, «raíz de todos los males» (1 Tm 6,10); a esta le sigue el rechazo de Dios y, por tanto, el no querer buscar consuelo en él, prefiriendo quedarnos con nuestra desolación antes que sentirnos confortados por su Palabra y sus Sacramentos[3]. Todo esto se transforma en violencia que se dirige contra aquellos que consideramos una amenaza para nuestras «certezas»: el niño por nacer, el anciano enfermo, el huésped de paso, el extranjero, así como el prójimo que no corresponde a nuestras expectativas. También la creación es un testigo silencioso de este enfriamiento de la caridad: la tierra está envenenada a causa de los desechos arrojados por negligencia e interés; los mares, también contaminados, tienen que recubrir por desgracia los restos de tantos naufragos de las migraciones forzadas; los cielos —que en el designio de Dios cantan su gloria— se ven surcados por máquinas que hacen llover instrumentos de muerte.

El amor se enfría también en nuestras comunidades: en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* traté de describir las señales más evidentes de esta falta de amor. Estas son: la acedia egoísta, el pesimismo estéril, la tentación de aislarse y de entablar continuas guerras fratricidas, la mentalidad mundana que induce a ocuparse sólo de lo aparente, disminuyendo de este modo el entusiasmo misionero[4].

¿Qué podemos hacer?

Si vemos dentro de nosotros y a nuestro alrededor los signos que antes he descrito, la Iglesia, nuestra madre y maestra, además de la medicina a veces amarga de la verdad, nos ofrece en este tiempo de Cuaresma el dulce remedio de la oración, la limosna y el ayuno.

El hecho de dedicar más tiempo a la oración hace que nuestro corazón descubra las mentiras secretas con las cuales nos engañamos a nosotros mismos[5], para buscar finalmente el consuelo en Dios. Él es nuestro Padre y desea para nosotros la vida.

El ejercicio de la limosna nos libera de la avidez y nos ayuda a descubrir que el otro es mi hermano: nunca lo que tengo es sólo mío. Cuánto desearía que la limosna se convirtiera para todos en un auténtico estilo de vida. Al igual que, como cristianos, me gustaría que siguiésemos el ejemplo de los Apóstoles y viésemos en la posibilidad de compartir nuestros bienes con los demás un testimonio concreto de la comunión que vivimos en la Iglesia. A este propósito hago mía la exhortación de san Pablo, cuando invitaba a los corintios a participar en la colecta para la comunidad de Jerusalén: «Os conviene» (2 Co 8,10). Esto vale especialmente en Cuaresma, un tiempo en el que muchos organismos realizan colectas en favor de iglesias y poblaciones que pasan por dificultades. Y cuánto querría que también en nuestras relaciones cotidianas, ante cada hermano que nos pide ayuda, pensáramos que se trata de una llamada de la divina Providencia: cada limosna es una ocasión para participar en la Providencia de Dios hacia sus hijos; y si él hoy se sirve de mí para ayudar a un hermano, ¿no va a proveer también mañana a mis necesidades, él, que no se deja ganar por nadie en generosidad?[6]

El ayuno, por último, debilita nuestra violencia, nos desarma, y constituye una importante ocasión para crecer. Por una parte, nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre; por otra, expresa la condición de nuestro espíritu, hambriento de bondad y sediento de la vida de Dios. El ayuno nos despierta, nos hace estar más atentos a Dios y al prójimo, inflama nuestra voluntad de obedecer a Dios, que es el único que sacia nuestra hambre.

Querría que mi voz traspasara las fronteras de la Iglesia Católica, para que llegara a todos ustedes, hombres y mujeres de buena voluntad, dispuestos a escuchar a Dios. Si se sienten afligidos como nosotros, porque en el mundo se extiende la iniquidad, si les preocupa la frialdad que paraliza el corazón y las obras, si ven que se debilita el sentido de una misma humanidad, únense a nosotros para invocar juntos a Dios, para ayunar juntos y entregar juntos lo que podamos como ayuda para nuestros hermanos.

El fuego de la Pascua

Invito especialmente a los miembros de la Iglesia a emprender con celo el camino de la Cuaresma, sostenidos por la limosna, el ayuno y la oración. Si en muchos corazones a veces da la impresión de que la caridad se ha apagado, en el corazón de Dios no se apaga. Él siempre nos da una nueva oportunidad para que podamos empezar a amar de nuevo.

Una ocasión propicia será la iniciativa «24 horas para el Señor», que este año nos invita nuevamente a celebrar el Sacramento de la Reconciliación en un contexto de adoración eucarística. En el 2018 tendrá lugar el viernes 9 y el sábado 10 de marzo, inspirándose en las palabras del Salmo 130,4: «De ti procede el perdón». En cada diócesis, al menos una iglesia permanecerá abierta durante 24 horas seguidas, para permitir la oración de adoración y la confesión sacramental.

En la noche de Pascua reviviremos el sugestivo rito de encender el cirio pascual: la luz que proviene del «fuego nuevo» poco a poco disipará la oscuridad e iluminará la asamblea litúrgica. «Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe las tinieblas de

nuestro corazón y de nuestro espíritu»[7], para que todos podamos vivir la misma experiencia de los discípulos de Emaús: después de escuchar la Palabra del Señor y de alimentarnos con el Pan eucarístico nuestro corazón volverá a arder de fe, esperanza y caridad.

Los bendigo de todo corazón y rezo por ustedes. No se olviden de rezar por mí.

Vaticano, 1 de noviembre de 2017
Solemnidad de Todos los Santos

Franciscus

[1] Misal Romano, I Dom. de Cuaresma, Oración Colecta.

[2] «Salía el soberano del reino del dolor fuera de la helada superficie, desde la mitad del pecho» (Infierno XXXIV, 28-29).

[3] «Es curioso, pero muchas veces tenemos miedo a la consolación, de ser consolados. Es más, nos sentimos más seguros en la tristeza y en la desolación. ¿Sabéis por qué? Porque en la tristeza nos sentimos casi protagonistas. En cambio en la consolación es el Espíritu Santo el protagonista» (Ángelus, 7 diciembre 2014).

[4] Núms. 76-109.

[5] Cf. Benedicto XVI, Enc. Spe salvi, 33.

[6] Cf. Pío XII, Enc. Fidei donum, III.

[7] Misal Romano, Vigilia Pascual, Lucernario.



MENSAJE DE NUESTRO OBISPO JESÚS MURGUI PARA LA CUARESMA 2018

Cuaresma: volver al Señor *“Los falsos profetas”*

En su mensaje para la Cuaresma del presente año, Papa Francisco comienza recordándonos que, para prepararnos al “encuentro” de la Pascua del Señor, la Providencia “nos ofrece cada año la Cuaresma”, “que anuncia y realiza la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón y con toda la vida”.

La Cuaresma en su inicio, en la primera lectura que en ella escuchamos, nos transmite la invitación apasionada de Dios: “convertíos a mí de todo corazón, con ayunos, llantos y lamentos” (Jl 2,12).

El profeta Joel preocupado por la insensibilidad del Pueblo, añade: “rasgad vuestros corazones, no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios, un Dios compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en amor, que se arrepiente del castigo” (Jl 2,13). Cuaresma es el tiempo oportuno para volver a Dios, y, así, comprender de nuevo el sentido mismo de la vida.

En tiempos de grandes cambios, de puestas al día de personas e instituciones, necesitamos orientarnos, necesitamos cogernos fuertemente al mo-

delo y referencia que es Cristo y aprendiendo de su forma de pensar, de sentir y de hacer, ser sus discípulos, es decir, aprender de Él, seguirle, imitarle, e ir configurándonos a Él. Es adentrarnos en el proceso de transformación que genera en la persona y en la comunidad cristiana el encuentro con Cristo y que –en el lenguaje del Nuevo Testamento- llamamos conversión.

La conversión significa un profundo cambio en la persona, que inicia de ese modo una nueva orientación para su vida. Esto está en el núcleo de la experiencia que nos propone el Plan Diocesano de Pastoral para el presente curso: “abrir nuestra mente al misterio de Cristo”. La conversión implica a toda la persona, pero especialmente a su mentalidad, su forma de pensar y de juzgar al mundo y a la historia.

Quien se aproxima al Señor y experimenta de cerca su forma de pensar, abandona los pensamientos del mundo. Tal como afirmará S. Pablo: “Nosotros hemos recibido un Espíritu que no es del mundo... Nosotros tenemos la mente de Cristo” (1Cor 2, 12-16). Especialmente los cristianos del presente siglo, ante un mundo que nos ofrece una gran variedad y pluralidad de ofertas de sentido y de formas de pensar, necesitamos volver al pensar de Dios, afianzarnos en la “mente de Cristo”, en los criterios permanentes de la sabiduría evangélica, para que, tal como nos señala Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, “no cedamos a una difusa indiferencia relativista, relacionada con el desencanto y la crisis de las ideologías” (n 61), o a una mundanidad espiritual, que se refugia en la apariencia farisea (n 93), que termine robándonos el Evangelio (n 97).

Especialmente en este tiempo de Cuaresma, siguiendo el consejo de S. Pablo, procuremos que se nos conceda renovarnos en la mente y en el espíritu (cf. Ef 4,25), para que abandonando cada vez más el hombre viejo, vivamos como hombres nuevos “conforme a la verdad que hay en Jesucristo” (Ef 4,21). Y así no nos dejemos engañar por los “falsos profetas” a los que señala Papa Francisco en su mensaje cuaresmal este año como “charlatanes” que “ofrecen soluciones sencillas e inmediatas para los sufrimientos”, “estafadores” que “no sólo ofrecen cosas sin valor sino que quitan

lo más valioso, como la dignidad, la libertad y la capacidad de amar”. Afirmando: “No es una sorpresa: desde siempre el demonio, que es ‘mentiroso’ y ‘padre de la mentira’ (Jn 8,44), presenta el mal como bien y lo falso como verdadero, para confundir el corazón del hombre”.

De ahí, concluye el Santo Padre, que cada uno esté llamado a “discernir y a examinar en su corazón... las mentiras de estos falsos profetas”; aprendiendo a no quedarnos en lo superficial, tratando de “reconocer qué cosas” nos dejan una “huella buena y más duradera, porque vienen de Dios”.

Son palabras, las tuyas, lúcidas y alentadoras que nos quieren ayudar en esta Cuaresma para vivir este “tiempo de gracia”, “con gozo y con verdad”. Un tiempo especialmente propicio para volver al Señor, acoger su palabra y dejarnos conformar por ella, creyendo en el Evangelio, en la Buena Noticia del amor del Padre que nos da en su Hijo su verdad y sabiduría.

Adentrémonos en el **tiempo de gracia** que es la **Cuaresma**, tiempo de verdadero cambio y renovación, volviendo al Señor. Tiempo que el cristiano recorre dejándose guiar continuamente por la Palabra de Dios, haciendo tuyas las prácticas características (ayuno, limosna, oración), bien conscientes que la verdad del itinerario cuaresmal no nace de un mero querer de la voluntad, ni es fruto de una inteligencia despierta: nace de esa decisión de dejarse cambiar por Él, de abandonar nuestros caminos por los suyos, de entrar, por gracia, en la dinámica de una historia de salvación que Él escribe, y en la que Él nos atrae y nos cambia a la medida de su Hijo, muerto y resucitado por nuestra salvación.

Con mi bendición y afecto para todos



✠ JESÚS MURGUI SORIANO.
Obispo de Orihuela-Alicante.